

## VIII

...La rama cortada por su nudo se separa completamente del árbol; el hombre que riñe con un hombre, arráncase de toda la humanidad. Pero la rama es cortada por una mano extraña, mientras que el hombre se aleja de su prójimo por su propio odio y su cólera, ignorando que de tal modo se aleja de toda la humanidad. Pero la Divinidad, que llamó á los hombres como hermanos á la vida común, les dió la facultad de reconciliarse después de la disputa.—MARCO AURELIO.

Es necesario poner á un lado la religión que tomó á Jesús por objetivo. Y cuando se ha puesto el dedo en el estado de conciencia, que es la célula primitiva, en el principio del Evangelio eterno, será necesario atenerse á él. Así como las pobres campanillas de una fiesta de pueblo, ó los miserables cirios de una procesión apagándose ante la gran maravilla del sol, los pequeños milagros locales, flojos y dudosos, se extinguirán ante la ley del mundo de los espíri-

tus, ante el espectáculo incomprensible de la historia humana conformada por el omnipotente dramaturgo que se llama Dios.—AMIEL.

Afirmo que la siguiente proposición no necesita ninguna prueba. Todo lo que el hombre cree hacer por agradar á Dios (salvo la vida buena), no es sino error religioso y superstición.—KANT.

En realidad, sólo hay un medio de adorar á Dios, que es cumplir sus deberes y conducirse conforme á las leyes de la razón.—LICHTENBERGER.

---

«Para que el mal que nos aqueja desaparezca—dicen los impulsados por diversas actividades humanas—sería menester que no algunos hombres, sino que todos los hombres se pusieran de acuerdo, y hecho esto comprendiesen todos igualmente que el destino de su vida no está en el cumplimiento de la voluntad de Dios y el amor del prójimo.»

¿Es esto posible? No sólo es posible, sino que es imposible que así no sea. Es

imposible que los hombres no vuelvan en sí, es decir, que cada hombre no se pregunte qué es, por qué vive, por qué el hombre, mientras es ser razonable, no puede vivir sin saber por qué vive. Y siempre se ha dirigido esta pregunta, y siempre, con arreglo al desarrollo de su inteligencia, ha respondido con su doctrina religiosa.

Pues bien; en nuestro tiempo, la contradicción anterior, en la cual se encuentran los hombres, provoca esa pregunta con una persistencia especial y exige la respuesta. Y los hombres de nuestro tiempo no pueden contestar, como no sea reconociendo la ley de la vida en el amor por los hombres y su servicio. Esta respuesta fué expresada hace mil novecientos años en la religión de Cristo, y la mayor parte de la humanidad la reconoce.

Semejante respuesta vive oculta en la conciencia de todos los hombres cristianos de nuestro tiempo. Mas no se expresa abiertamente y no guía nuestra vida, porque, por una parte, los hombres que gozan de la mayor autoridad, aquellos á quienes llaman sabios, teniendo la creencia errónea

de que la religión es un grado provisional del desarrollo de la humanidad que ya ha pasado, y que los hombres pueden vivir sin religión, inspiran ese error á los hombres del pueblo que comienzan á instruirse. Y por otra parte, porque los hombres que tienen el poder conscientemente, y á veces de un modo inconsciente (estando ellos mismos en el error de que la religión de la Iglesia es la religión cristiana), tratan de sostener y de provocar en el pueblo las supersticiones más groseras, dándolas como religión cristiana.

Que estas dos mentiras se destruyan, y la verdadera religión, que vive oculta en cada uno de los hombres de nuestro tiempo, se mostrará y se hará obligatoria.

Para que esto se realice es menester que por un lado los sabios comprendan que la fraternidad universal y el precepto de hacer á los otros lo que no quisiéramos que se nos haga no son de esas razones fortuitas del hombre que pueden ser sometidas á otras consideraciones de cualquier índole, sino que es una proposición indiscutible, superior á toda otra consideración,

que se desprende de la relación inmutable entre el hombre y el infinito (Dios), y que es la religión, toda la religión, obligatoria siempre, por consiguiente.

Por otra parte, que los hombres que, consciente ó inconscientemente, bajo la capa del cristianismo, proponen groseras supersticiones, comprendan que todos los dogmas, misterios y ritos que sostienen y propagan no sólo son indiferentes, como ellos piensan, sino que resultan perjudiciales en el más alto grado, porque ocultan á los hombres la sola verdad religiosa, que es expresada en el cumplimiento de la voluntad de Dios, en la fraternidad de los hombres, en el amor al prójimo, y que no dejan de ver que el precepto «Obra con los demás como quisieres se obrase contigo» no es una de las prescripciones de la religión cristiana, sino toda la religión practicada, como se dice en el Evangelio.

Que los que aturden al pueblo con las supersticiones eclesiásticas cesen de hacerlo y comprendan que en el cristianismo lo importante y obligatorio no es el bautismo, la comunión, los dogmas, etc., sino el amor

de Dios y el prójimo, el cumplimiento del precepto «Obra con los demás como quisieres obrasen contigo», y que en esto está toda la ley de los profetas.

Que comprendan esto los falsos cristianos, que se enseñen á los niños y á los ignorantes estas verdades sencillas, claras y necesarias, como ahora se les enseñan las proposiciones complicadas, embrolladas é inútiles, y todos los hombres comprenderán de idéntico modo el sentido de la vida y reconocerán los mismos deberes que de ella se desprenden.

---